

# Vida Internacional

## MIRANDO A WASHINGTON

La Constitución política de Estados Unidos ha servido, precisamente, de modelo a todas las organizaciones estatales centradas en un Ejecutivo fuerte. El presidente norteamericano dispone de una enorme suma de poder y, de este modo, la personalidad o las ideas del ciudadano que ejerza dicho cargo resultan determinantes de la marcha que siga la nación más poderosa de la tierra.

El presidente de Estados Unidos nombra libremente a sus ministros y éstos son simples consejeros suyos, que no tienen facultad para decidir por sí mismos sino en la medida en que el presidente les delegue sus facultades. Estas se extienden sobre toda la administración pública federal, sobre las fuerzas armadas y la conducción de la política internacional.

El presidente Eisenhower dejó una amplia libertad de acción a sus ministros y colaboradores importantes. Especialmente, en el campo vital de las relaciones internacionales, el Secretario de Estado John Foster Dulles ejerció durante seis años un poder delegado a muy pocos titulares de ese cargo. En menor medida, los demás Secretarios tuvieron, durante los últimos ocho años, bastante libertad de movimientos, sin perjuicio de que Eisenhower se reservara el control y la coordinación superiores y la responsabilidad de las grandes decisiones.

Dentro de la clasificación de los presidentes norteamericanos en "institucionales" y "personales", no hay duda ninguna de que Eisenhower pertenece a la primera categoría, del mismo modo que los dos Roosevelt (Teodoro y Franklin) imprimieron un fuerte sello personal a la acción del Ejecutivo durante sus respectivos períodos. Todo indica que John F. Kennedy será de éstos tanto por carácter o inclinación personal cuanto porque la nación norteamericana desea y necesita en las actuales circunstancias una jefatura más vigorosa que la que se podría dar a través de una presidencia "institucionalizada". La escasa diferencia de votos entre los dos candidatos no tiene nada que ver con esto, pues Nixon representaba también para muchos ese Ejecutivo más dinámico.

No se trata ya, de especular acerca de lo que hará Kennedy en contraposición a lo que habría hecho Nixon, sino señalar los puntos en que lógica y hasta casi inevitablemente el gobierno que se inaugurará el próximo 20 de enero diferirá del que Estados Unidos tiene desde 1953. Para el mundo entero y como consecuencia especial para América Latina, el cambio de orienta-

ción tendrá efectos muy concretos, que se irán dejando sentir a plazo más o menos largo.

En esto, el nombramiento de Secretario de Estado puede no tener demasiada importancia. Antes de que la convención de Los Angeles proclamara a Kennedy se habló con cierta insistencia de que éste había dado a entender a Stevenson, por interpósita persona, de que era el momento de que el excandidato adhiriera a Kennedy y se asegurara así la Secretaría de Estado. Los amigos de Stevenson decían que éste estaba más interesado en este cargo que en la misma presidencia. Ahora no parece muy probable dicha designación para Stevenson. Se atribuye a uno de los más próximos ayudantes del Presidente electo la siguiente declaración: "Kennedy será su propio Secretario de Estado. Su Secretario de Estado será un consejero y un administrador de la política internacional de John Kennedy". No parece que Stevenson se preste para semejante papel y sí es verosímil que la declaración citada corresponda a la verdad.

De tal manera, el "new look" de la diplomacia norteamericana promete ser consecuencia de las ideas claramente esbozadas por Kennedy durante su campaña electoral.

Hay ideas que se refieren directamente al manejo de las finanzas norteamericanas pero, indirectamente, están llamadas a tener vastas repercusiones internacionales.

Aunque la diferencia de votos entre Kennedy y Nixon haya sido mínima, lo esencial del programa del Presidente electo, lo que era la razón de ser de su candidatura, no podría cumplirse si se mantiene la ortodoxia financiera que Eisenhower respetó en forma verdaderamente religiosa. En el impulso a la economía para una rápida expansión, ni un aumento de los gastos del Estado en materias como la educación, los programas de seguridad social y de salubridad pública podrían comenzar a cumplirse sin un cambio que signifique que el hombre no es para el Presupuesto sino el Presupuesto para el hombre. Por lo menos para dar el impulso inicial capaz de poner de nuevo a Estados Unidos "en movimiento", parece que habrá que correr el riesgo de la inflación y contrariar, aunque sea en forma "controlada" las recetas que, a través del Fondo Monetario y el Banco Internacional y el Eximbank, Estados Unidos ha apoyado inflexiblemente.

De hecho, a pesar de que su candidatura se levantó contra la derecha republicana, representada por Taft, Eisenhower se plegó desde la partida, a la política financiera de sus adversarios dentro del partido. El presidente saliente puede ser acusado ahora de haber organizado la más persistente recesión económica que Estados Unidos haya conocido desde los años 30. Mientras la Unión Soviética se desarrollaba a razón de un 5% al año, o algo así, el crecimiento de Estados Unidos no era superior, en ningún caso, al 2,5%, aunque la capacidad instalada de producción del país, en el rubro vital de la in-

dustria pesada, estaba inempleada hasta en un 45%. Así ocurre en estos mismos días con la del acero.

El gobierno norteamericano que se iniciará en 1961 ha prometido durante la campaña poner coto al exagerado desarrollo de los consumos, muchas veces superfluos, para hacer hincapié en la satisfacción de urgentes necesidades colectivas postergadas por los republicanos. Un 20% de la población norteamericana —se calcula— tienen entradas inferiores al "mínimum vital" oficial; hay 10 millones de niños que no disponen de escuelas apropiadas y los profesores tienen sueldos insuficientes, con grave detrimento de su calidad, ya que los elementos más capaces son atraídos por actividades más remunerativas (o un alto porcentaje del profesorado es femenino, aun cuando ello resulte inapropiado). Otros servicios públicos, como los transportes colectivos y las instalaciones sanitarias de las grandes ciudades, también necesitan grandes inversiones para ser eficientes.

Para enfrentar todos estos gastos sin soltar los frenos a la inflación, será necesario establecer la actividad económica general a un nivel mucho más elevado que el actual. Esta era también la tesis de Rockefeller, que en ese respecto estaba mucho más cerca de Kennedy que de Nixon. El desarrollo económico norteamericano tendrá que operar a una tasa de 5 a 10% anual y este reactivamiento del gran centro económico de Occidente tendrá que proyectarse beneficiosamente en todo el mundo no soviético. Por lo que a América Latina se refiere, es previsible un alza de los precios de las materias primas.

Por otro lado, como se ha dicho, el cambio de orientación de la política financiera que coloque como objetivo supremo la satisfacción de las necesidades sociales y frene la inflación, no por la depresión y la "congelación" sino por el aumento de la producción para una mayor capacidad adquisitiva de la masa, vendrá a contrariar las recetas puestas en práctica durante los últimos años.

Dicha política podría significar también, dentro de los cauces tradicionales, un robustecimiento de las grandes empresas que tradicionalmente han explotado las materias primas de Latinoamérica y que han sido los mayores, si no los únicos beneficiarios de las alzas de precios. Pero ese efecto "natural" provocaría inmediata e inevitablemente desagradables consecuencias políticas. Tanto por necesidades de política interna como en este campo, Kennedy necesita imponer un mínimo de "disciplina" a los grandes trusts. Durante su campaña esbozó para Latinoamérica un plan de varios puntos, entre los cuales está el de acuerdos internacionales para reglamentar y garantizar las inversiones privadas, lo que supondría un aumento de las reinversiones de las grandes empresas que operan en este continente. Por otro lado, se impone también, a estas alturas el cumplimiento de otro de los puntos de acción en América Latina formulados por Ken-

nedy: un acuerdo colectivo para estabilizar los precios de las materias primas. Con esos requisitos, el reactivamiento económico norteamericano tendría efectos durablemente beneficiosos en estos países. Sobre esa base una diplomacia inteligente encaminada al afianzamiento de la democracia y el progreso social mediante una cooperación económica y técnica condicionada a dichos fines, puede restablecer las relaciones interamericanas a un nivel aceptable y recuperar diez años perdidos. Aún es tiempo.

## EL ORO HUYE DE U.S.A.

Los norteamericanos están descubriendo que han tenido demasiado éxito en la tarea de rehabilitar, mediante una ayuda financiera masiva, las economías de Europa Occidental. Estas se han recuperado tanto que no sólo los países de esta parte del mundo han alcanzado niveles de vida que nunca habían tenido, sino que están haciendo activa competencia a Estados Unidos hasta en su propio territorio y están ahora succionando el oro que durante decenios afluyó a las bóvedas norteamericanas desde los cuatro puntos cardinales.

Cuando a mediados de septiembre último se produjo una brusca alza en el precio del oro en Londres, se sabía, por cierto, que las reservas de Estados Unidos estaban en continuo descenso desde 1957 y comenzó a circular el rumor —seguramente provocado— de que Washington procedería a devaluar el dólar. El rumor se acentuó a medida que se afirmaban las posibilidades presidenciales de Kennedy y, por tanto, de la realización de sus planes de gobierno tachados de inflacionistas por Wall Street. De tal manera, los que tenían dólares en su poder comenzaron a hallar más prudente cambiarlos por oro sólido y en Londres el metal alcanzó casi de partida un premio de 25 a 30 centavos la onza (31,103 grs.) sobre los 35 dólares en que ha fijado su precio el gobierno de Estados Unidos, y luego llegó al precio espectacular de 41 dólares.

Esta nueva "fiebre del oro" parece haberse calmado por el momento, mientras en Wall Street se dice que los primeros (y mínimos) pasos de Kennedy son más conservadores de lo que se creía. Por otro lado, Eisenhower ha tomado drásticas medidas para tapar las grietas por las cuales el oro norteamericano se filtra hacia el exterior.

En 1957, las reservas de oro de la Tesorería de Estados Unidos alcanzaron, en promedio, unos 22 a 23.000 millones de dólares, pero hace un mes habían descendido a sólo 18.900 millones. En 1959 el déficit de la balanza de pagos norteamericana fue de 3.800 millones y se supone que este año, a pesar de las medidas tomadas recientemente va a estar mucho más cerca de los 3.000 millones que de los 2.500 en que se la había calculado en un principio. En una sola semana, a fines de septiembre, 18 millones en lingotes viajaron hacia Europa.

Las actuales reservas son las más bajas en los últimos veinte años y como los países extranjeros tienen depósitos a corto plazo en oro por valor de 21.000 millones, resulta que Estados Unidos está, teóricamente, en falencia. Pero hay que descontar la posibilidad de una "corrida" al Tesoro norteamericano. Con todo, el gobierno se ha visto obligado a tomar medidas para impedir que la sangría continúe al ritmo actual.

La gran medida de fondo es, sin duda, aumentar las exportaciones de Estados Unidos a los mercados del mundo y este año ellas han subido en un 25% sobre las del año pasado, mientras las importaciones disminuían en un 6%, gracias sobre todo a las menores adquisiciones de automóviles europeos medianos y pequeños, suplantados por los "compactos" que lanzó Detroit.

Pero estas medidas también provocan dificultades. Las industrias automovilísticas de Francia y Gran Bretaña se encuentran en un comienzo de crisis y una disminución drástica de las importaciones de Estados Unidos, que es el gran centro consumidor de materias primas del mundo no soviético, acarrearía de inmediato serias consecuencias económicas y políticas en los países cuyo apoyo necesita el gobierno de Washington, sin contar con que la propia economía norteamericana tiene un nivel mínimo de consumo que no se puede tocar.

Por otro lado, las exportaciones tampoco se pueden expandir mucho debido a la crónica falta de dólares del inmenso mercado potencial constituido por los países subdesarrollados, en los cuales Estados Unidos se encuentra con la competencia de europeos y japoneses, rehabilitados, precisamente, con la ayuda de Washington después de la guerra. Esos países producen con costos más bajos y por eso mismo, los capitalistas norteamericanos también han invertido en ellos, por su cuenta, miles de millones de dólares, a expensas, en buena parte, de América Latina. Para aprovechar las ventajas de la legislación europea que favorece a las industrias con equipo productor moderno y el menor costo de la mano de obra, los empresarios norteamericanos llegan hasta a cerrar sus fábricas en Estados Unidos para producir en el extranjero. En todo caso, aunque no las cierren, las nuevas plantas desplazan a las norteamericanas en el mercado mundial. No hay duda de que, como todo régimen, el capitalismo se crea sus propios problemas.

De allí que el gobierno de Eisenhower haya recurrido a medidas de efecto inmediato, que no van al fondo del problema pero que pueden reducir apreciablemente la fuga del oro norteamericano. No puede contemplarse como cercana la posibilidad de que el gobierno de Estados Unidos llegue a tomar medidas para reducir las cantidades (miles de millones) que gastan los turistas de esa nacionalidad en los cinco continentes del globo, especialmente en Europa. Pero sí se han tomado medidas para disminuir el número de norteamericanos que se hallan en el

extranjero, como los acompañantes de las fuerzas destacadas en Europa Occidental, y para disminuir los gastos de dichas tropas que signifiquen fuga de dólares.

Por otro lado, se ha intensificado la campaña diplomática iniciada hace tiempo para lograr que los países especialmente recuperados, como Alemania Occidental y Japón, aumenten su contribución al financiamiento de los países subdesarrollados.

Estados Unidos gasta alrededor de 3.000 millones en el mantenimiento de sus tropas y bases en el extranjero. Hay todo un vasto y complicado servicio de aprovisionamiento de dicho personal y sus familias, para proporcionarles todo cuanto necesitan. En lo sucesivo, los productos que podrán adquirir en los almacenes de las Fuerzas Armadas tendrán que ser todos norteamericanos, salvo circunstancias excepcionales.

De los 1.400 millones acordados para ayuda militar al extranjero, alrededor de 300 millones se gastan fuera de Estados Unidos. Se tratará de que esa cantidad disminuya y se hará igualmente lo posible para que de los 867 millones que se gastarán en "ayuda económica" por la "International Cooperation Administration" se gaste en Estados Unidos la mayor parte y no sólo la mitad como actualmente ocurre; pero esto disminuirá, evidentemente, el monto de dicha ayuda, o sus beneficios indirectos.

Las negociaciones más difíciles tendrán que ser con Alemania, adonde viajó una comisión especial de altos funcionarios. Alemania se beneficia política y militarmente con la presencia de las divisiones norteamericanas que montan guardia en las fronteras avanzadas del imperio ruso hacia el corazón de Europa, pero no contribuye con un centavo a su mantenimiento. Además, los alemanes se benefician con las entradas en dólares que les producen las compras que hacen dichos soldados y sus parientes. Estados Unidos está gastando 684 millones de dólares al año en mantener sus fuerzas en Alemania y, lógicamente, desea ahora que este país cargue con una parte de los gastos; sobre todo considerando que las reservas de oro alemanas han pasado de los 7.000 millones de dólares y tiene una balanza de pagos con un superávit de 2.000 millones anuales. Además, bajo la presión norteamericana, los alemanes han terminado por comprometerse a un plan de ayuda a los países subdesarrollados por un total de 1.000 millones de dólares. Esta cantidad es casi cuatro veces mayor que el total de lo gastado por Alemania con esa finalidad en los últimos seis años. Inglaterra espera destinar este año 386 millones a inversiones de desarrollo en el extranjero, es decir, en los países del Commonwealth. Francia no podrá gastar más de 10 millones en los países no ligados directamente a ella; la guerra en Argelia devora todas sus disponibilidades. ¿Para qué?

**ALEJANDRO MAGNET**